

## CONFIDENCIAS DE VERANO

Expresar a otras personas los propios sentimientos es un impulso natural que aprendemos a controlar desde la infancia. En el modo moderno de vivir encuentra pocas ocasiones de desahogo. La falta de tiempo libre impide cultivar, en las relaciones sociales de atracción y simpatía, lo que es digno de amor y de amistad, lo que puede recibir, sin rubor ni hastío, confidencias personales. La vida social sería francamente fastidiosa sin ese sistemático control de la educación sentimental. Pero esa misma impertinencia comunicativa, que no toleramos en borrachos y gentes televisadas como mercancía de la impudicia, la buscamos con pertinente placer en la literatura rusa, los grandes artistas beodos y los casuales encuentros con interesantes desconocidos en vacaciones estivales. Sin embargo, estos últimos no procuran dichas dignas del recuerdo si les damos lo que no podemos dar, aunque quisiéramos, a los artistas que nos gratifican con las suyas: confidencias íntimas.

Del mismo modo que en los veraneos pasean, sin lujuria, hermosos cuerpos desnudos al sol, el encantador ánimo de la noche cálida deja fluir, sin diques de contención, las farfullantes corrientes de la intimidad novata. Y ahí, en el inaudito desahogar que causan las confidencias lunarias, en los imprevistos desvestimientos de esas almas vacías, ansiosas de ser ocupadas, el infortunio espera dar a la azarosa fortuna nuevas ocasiones para el reconocimiento admirativo de una personalidad desconocida, el vicio familiar de los aristócratas, o para la comunicación sentimental de unos cuerpos amorosos, el vicio de la juventud canecida. Unos días inolvidables de satisfacciones a la estima de sí mismo, si no se prolongan a los tiempos y lugares donde sólo logran prosperar las afinidades verdaderamente electivas, pueden dar sentido pasajero a la frustración de vivir, en medio de vidas corrientes, sin amor correspondido, sin amigos fieles y sin nobles ideales.

El sabio y único secreto de los placeres efímeros, la forma más adecuada de convertirlos en permanente fuente de alegría, no está, como podría pensarse, en llegar con ellos hasta el último conocimiento de sus causas, sino en saber terminarlos antes de que se agoten los efectos mágicos de la ilusión caprichosa. Pocas personas tienen en verano esta vieja sabiduría de invierno. Tal vez porque pocas saben retornar, cuando aún están ilusionadas, a las fuentes de sus admiraciones y repulsiones genuinas. Las brutales decepciones las devuelven una y otra vez a ellas, pero siempre con triste amargura y penoso remordimiento. De este modo, los que pudieron ser felices enriquecimientos en amistad, amor, conocimiento del mundo y buena memoria de la dicha, se toman, con los groseros reproches o las cobardes huidas, en miserable embrutecimiento de las personas y triste recuerdo de las cosas.

Lo peligroso del verano no son las pos-



tizas y alegres amistades de temporada o los atractivos amores sin futuro, sino esas torpes confidencias que, en tiempos libres de ocupación y abiertos a la curiosidad del aburrimiento, producen gratuitos

admiraciones de vagos ideales sin causa y de mediocres sentimientos sin aristas. ¡Como si la capacidad de indignación no fuera inseparable de la dignidad de una vida auténtica! La fuerza del carácter y el pudor del temperamento no se prestan a confidencias íntimas —de ideales trascendentes o de sentimientos instintivos— con recientes amigos de verano y novedosos amores de la noche. Lo que no impide sentir el liviano placer de sus gratas compañías y, a veces, cuando la conversación alcanza decorosa sinceridad, un vivo interés por las inesperadas confesiones de la indigencia en medio de la aventura o la opulencia. Placer incomparable al de escuchar, con humilde silencio, las inagotables confidencias de verano que no cesa de hacernos, en el mar y la montaña, la voz de la naturaleza.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

## A POR EL DINERO DE LA OTAN

Los espías de la OTAN están de gira por España. Les ha sorprendido su colega J. B. cuando estudiaban muy atentos las páginas de anuncios por palabras de LA RAZÓN y de todos los medios que pudieran recopilar.

La verdad es que no se dedicaban a realizar sesudos y detenidos análisis de información militar o política, sino a reunir los datos sobre precios de los alquileres en Madrid y en algunos pueblos de las inmediaciones. La causa de tan sorprendente comportamiento hay que buscarla en la llegada de los militares de la OTAN que han sido destinados al cuartel general que la Alianza Atlántica está montando a toda

prisa, aunque con retraso como ya informó Juan Bravo, en la zona de Retamares, muy cerca de los estudios de RTVE.

Son cerca de dos centenares de profesionales que llegan con el riñón bien cubierto con los dólares de la paga de la OTAN, por lo que muchos propietarios de viviendas en la zona están ya, a pesar del secretismo con que llevan su trabajo los espías, con el ojo avizor. Su llegada puede ser el mejor regalo, como ocurría, generalmente, con los americanos: buenos inquilinos que pagaban bien y que, al regresar a su país, dejaban incluso la casa a su sucesor.

Juan BRAVO



tintes especialmente graves. Si leemos las declaraciones de nuestros políticos sorprende que su única preocupación sea proclamar nuestra irrenunciable soberanía sobre ambas plazas africanas. «Hay que garantizar que el po-



der en Ceuta y Melilla esté en manos de partidos que aseguren su españolismo». «Estamos dispuestos a la defensa de ambas plazas». Tan aguerzadas declaraciones resultan profundamente anacrónicas en esta época en que tales problemas deben resolverse serenamente, mediante el diálogo, tal como pretendemos hacer en nuestra reivindicación de Gibraltar. ¿No sería mucho más importante y humano preocuparse por la españolidad de los ciudadanos hispano-musulmanes de las dos ciudades? Ello significa concederles un trato igualitario y digno, del cual ciertamente no disfrutan, hacinados en misérrimos suburbios. La misma TVE nos ha ofrecido, en alguna ocasión, las imágenes de semejantes barriadas. Pero al parecer nuestros políticos son ciegos para semejante realidad, mucho más escandalosa y permanente que el cubilete, las maniobras y posibles sobornos de que diariamente se nos informa.

Y es que, si tales corruptelas atentan seriamente contra el funcionamiento de la democracia y su prestigio, mucho más grave resulta su alejamiento de los problemas de la ciudadanía, del pueblo a cuyo bien la política, especialmente la que se jacta de democrática, debe servir. Problemas que, sin embargo, parecen esfumarse en los gabinetes de nuestros políticos, convirtiéndose en mero telón de fondo, en lejanas voces que las lujosas cortinas ahogan.

Podríamos recordar un bello y significativo episodio del Quijote. Aquel en que Sancho, el labrador convertido en escudero, se encuentra con el morisco Ricote y juntos departen fraternalmente sobre sus recuerdos y amistad. El poder ha expulsado a los moriscos, tras haber desterrado a los judíos, ya en tiempos de los Reyes Católicos. Y tales expulsiones no sólo fueron una decisión moralmente repudiable, sino un empobrecimiento de nuestro país. Un empobrecimiento en primer lugar en el sentido económico más directo, al privarnos de la inteligencia y capacidad de gestión de los judíos y de la esforzada fuerza de trabajo de los descendientes de los musulmanes, que crearon las acequias aún irrigadoras de nuestros campos. Pero representó, no menos, un empobrecimiento social y cultural, al mutilar la riqueza de nuestra herencia, al establecer como modelo de español el «cristiano viejo» y guerrero. Quedó enterrado el «Toledo de las tres religiones» y nos alejamos de la modernidad.

¿No están repitiendo nuestros democráticos políticos estas mismas pautas de conducta, arcaicas y erróneas? Hemos entrado en una época en que la planetarización, por muy injustamente que se lleve, está creando comunidades multiétnicas en el mismo corazón de Europa. Afrontar este gran problema en espíritu de justicia y solidaridad es un imperativo. Y define el problema más importante en las ciudades de Ceuta y Melilla.

Carlos PARÍS